

Muerte del tirano Aristómaco. – Filarco exagera este hecho.

Refiere además de esto Filarco que Aristómaco Argivo, hombre de ilustre cuna, descendiente de tiranos¹, y el mismo tirano de Argos, capturado por Antígono y los aqueos, fue conducido a Cencreas, donde dejó de existir víctima de los tormentos más inicuos y crueles que jamás sufrió hombre alguno. Conserva en este hecho su característico lenguaje, y finge ciertos gritos proferidos por Aristómaco durante la noche mientras le atormentaban, que llegaron a oídos de los vecinos próximos. Cuenta que unos horrorizados de semejante impiedad, otros no dándose crédito y muchos indignados de la acción echaron a correr a aquella casa. Pero dejémonos ya de estos portentos trágicos, y baste lo dicho. Yo creo que a Aristómaco, aun cuando no hubiera ofendido en modo alguno a los aqueos, sus costumbres y crímenes contra la patria le hacían reo de los mayores suplicios. Pues, aunque este escritor, con vistas a ensalzar su dignidad e inspirar en los lectores mayor indignación por sus suplicios, no sólo nos cuenta que era tirano, sino que descendía de tiranos, ésta, a mi ver, es la más grave y mayor incriminación que contra él se podía proferir. El nombre mismo contiene la significación más impía y abraza todo lo más injusto y execrable que hay entre los hombres. A más de que, aun cuando Aristómaco hubiera sufrido los más crueles tormentos como

1. Aunque resulte ociosa para muchos la advertencia, en la antigua Grecia, el tirano no es siempre quien abusa del poder, y sí el que lo ha obtenido destrinando a un monarca legítimo. Y tiranos, en tal sentido, fueron muchos de los hijos de los que conquistaron el mando público, según se indica.

nos cuenta Filarco, no me parece había satisfecho el merecido castigo por aquel solo día en que Arato, acompañado de los aqueos, penetró por sorpresa en Argos, y luego de haber sostenido rudos combates y peligros por la libertad de los argivos, fue finalmente desalojado por no haberse declarado ninguno de los conjurados que estaban dentro contenidos por el temor del tirano. Aristómaco entonces, bajo pretexto y presunción de que existían algunos cómplices en la irrupción de los aqueos, hizo degollar a ochenta inocentes ciudadanos de los principales a la vista de sus parientes. Omite otras atrocidades de su vida y de sus ascendientes, pues sería largo de contar.

A la vista de esto, no es de extrañar le cupiese la misma suerte. Más sorprendente sería que sin castigo alguno hubiera acabado sus días. Ni se debe imputar a crueldad de Antígono y de Arato el que, apoderados en guerra de un tirano, le quitasen la vida en los suplicios; cuando, si le hubieran muerto con tormentos en el seno de la paz misma, se lo hubieran aprobado y aplaudido los hombres sensatos. Y si a lo expuesto se añade la traición cometida a los aqueos, ¿de qué pena no será digno? Forzado de la necesidad con la muerte de Demetrio, tuvo que deponer poco antes la tiranía, y halló contra toda esperanza un asilo seguro en la dulzura y probidad de los aqueos, los cuales le perdonaron no sólo las maldades cometidas durante su tiranía, sino que le incorporaron en la República y le dispensaron el sumo honor de entregarle el mando de sus tropas. Pero luego que vio en Cleómenes un rayo de esperanza más lisonjera, olvidado al instante de este beneficio, se paró su patria y afecto de los aqueos en las circunstancias más urgentes, y se unió a los enemigos. Semejante hombre, después capturado, merecía, no que en el silencio de la noche muriese atormentado en Cencreas, como refiere Filarco, sino que se le pasease por todo el Peloponeso para que sirviese de ejemplo su castigo y acabase la vida de este modo. Sin embargo, a pesar de ser tan malo, no sufrió otra pena que la de ser arrojado al mar por ciertos crímenes que cometió en Cencreas.

Aparte de esto, Filarco nos cuenta con exageración y afecto las calamidades de los mantineos, persuadido de que es oficio de un historiador referir los malos hechos. Pero no hace mención en absoluto de la generosidad con que se condujeron los megalopolitanos por el mismo tiempo; como si fuese más propio de la historia referir defectos humanos que poner de manifiesto acciones virtuosas y laudables; o si contribuyesen menos a la corrección de los lectores los hechos ilustres y plausibles que las acciones inicuas y vituperables. Para hacer valer la magnanimidad y moderación de Cleómenes para con sus enemigos, nos refiere cómo tomó Megalópolis y cómo la conservó intacta mientras despachó mensajeros a Mesene para los megalopolitanos, rogándoles que, en atención a haberles devuelto indemne su patria, coadyuvasen sus intentos. Agrega cómo los megalopolitanos, empedada a leer la carta, no tuvieron paciencia para acabarla, y por poco no mataron a pedradas a los mensajeros. Pero lo que es inseparable y propio de la historia, a saber, aplaudir y hacer mención de las resoluciones generosas, esto lo omite, sin que haya para ello motivo que lo impida. Porque si reputamos por hombres de honor a los que sólo con palabras y demostraciones sostienen la defensa de sus amigos y aliados, y a los que por el mismo caso toleran la desolación de sus campos y asedio de sus ciudades, no sólo los aplaudimos, sino que les tributamos en recompensa las mayores gracias y mercedes, ¿qué deberemos pensar de los megalopo-

litanos? ¿No formaremos de ellos el concepto más magnífico y honroso? Ellos sufrieron primero que Cleómenes asolase sus campos; ellos abandonaron después del todo la patria, por mantener el partido de los aqueos; ellos, finalmente, presentada la ocasión más imprevista y extraordinaria de recobrarla, prefirieron privarse de sus campos, sus sepulcros, sus templos, su patria, sus haciendas y, en una palabra, de todo lo más amable al hombre, por no faltar a la fe a sus aliados. ¿Se hizo jamás o se podrá hacer acción más heroica? ¿Qué pasaje más oportuno a un historiador para excitar la atención de sus lectores? ¿Qué ejemplo más eficaz para estimular a la observancia de los tratados y conservar el vínculo de una sociedad firme y verdadera? Sin embargo, Filarco no hace de esto mención alguna, ofuscándose a mi ver sobre los hechos más memorables y procedentes a un escritor.

Después de esto nos dice que del saco de Megalópolis cogieron los lacedemonios seis mil talentos, y de éstos dos mil se los entregaron a Cleómenes, según costumbre. ¿Quién no admirará aquí principalmente la impericia e ignorancia de las nociones más corrientes sobre los recursos y poder de las ciudades griegas, cosa de que debe un historiador estar perfectamente instruido? No digo en aquellos tiempos, en que los reyes de Macedonia, y más aún las continuas guerras civiles, tenían arruinado del todo el Peloponeso; pero ni aun en los actuales, en que conformes todos gozan al parecer de la mayor abundancia, es posible, sin embargo, que de los efectos del Peloponeso todo, a excepción de los hombres, se pueda reunir semejante suma. Que lo que preferimos no es al aire, sino con algún fundamento, nos lo manifestará lo siguiente. Nadie ignora que cuando los atenienses, en unión de los tebanos, armaron diez mil hombres y equiparon cien galeras para emprender la guerra contra Lacedemonia, ordenaron que se valuasen las tierras, las casas, el Ática toda y demás efectos, para sufragar con sus réditos los gastos de la guerra. No obstante, la estimación toda no ascendió sino a cinco mil setecientos cincuenta talentos. A la vista de esto, ¿no parecerá inverosímil lo que acabamos de decir del Peloponeso? Ninguno, por muy exagerado que sea, se atreverá a asegurar que se sacó por entonces de Megalópolis más de trescientos talentos, puestos que todos saben que la mayoría de los hombres libres y esclavos se habían refugiado en Mesene. Pero la mejor prueba de lo arriba dicho es que no cediendo los mantineos a los pueblos de la Arcadia en poder ni en riquezas, según Filarco, no obstante sitiada y tomada su ciudad, aunque no se escapó ninguno, ni les fue fácil ocultar cosa alguna, todo el botín, vendidos los hombres, ascendió sólo a trescientos talentos.

Pero ¿a quién no admirará aún más lo que sigue? Cuenta que diez días antes de la batalla vino un embajador de Ptolomeo a Cleómenes, con la noticia de que su amo rehusaba suministrarle dinero y le exhortaba a que concertase la paz con Antígono; que, escuchada la embajada, Cleómenes resolvió probar lo antes posible fortuna, antes que se divulgase la nueva en el ejército, por no tener esperanza en sus propios fondos de poder satisfacer las pagas al soldado. Pues si entonces Cleómenes se hubiera hallado con seis mil talentos, hubiera podido exceder a Ptolomeo en riquezas, y aun cuando sólo hubiera tenido trescientos, era más que suficiente para sostener sin riesgo y proseguir la guerra contra Antígono. Reconocamos, pues, que es una prueba de la mayor ignorancia y falta de reflexión de-

cir que Cleómenes tenía puestas todas sus esperanzas en la liberalidad de Ptolomeo y asegurar al mismo tiempo que era dueño por entonces de tantos bienes. Otros muchos y semejantes errores comete nuestro historiador por los tiempos de que vamos hablando y por toda su obra, pero basta lo dicho en cumplimiento de nuestro designio.